

VARRON, *De lingua Latina* (Edición bilingüe), introducción, traducción y notas de Manuel-Antonio Marcos Casquero, colecc. Textos y Documentos, Clásicos del Pensamiento y de las Ciencias, 6, Anthropos, Editorial del Hombre-Ministerio de Educación y Ciencia, Barcelona-Madrid 1990. XLI + 574 pp.

Hipólito-B. Riesco Alvarez.

Obra de capital importancia para el conocimiento de las corrientes lingüísticas en la Antigüedad y de la cultura grecolatina en general, el *De lingua Latina* de Varrón acaba de ver por primera vez la luz en España de la mano del profesor M.A. Marcos Casquero, y con los buenos augurios de la Editorial Anthropos y del Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia. Latinistas, filólogos, lingüistas, historiadores, en fin, estudiosos y amantes del mundo clásico podemos, por fin, felicitarnos por poder incluir ya entre nuestras obras especializadas esta traducción que nadie hasta ahora en nuestro país se había atrevido a acometer, más aun teniendo en cuenta las exigencias y el interés de la editorial por ofrecer al lector español una colección a la altura de la Loeb inglesa, de Les Belles Lettres francesa o de la F. Meiner alemana.

Y es que este volumen, tal como se nos indica desde el propio subtítulo de la obra, es más que una traducción, es una edición bilingüe acompañada por un estudio introductorio, un corpus de notas exegéticas y un índice de nombres propios y de palabras tanto latinas como griegas que facilitan y aligeran considerablemente la labor del investigador. Todo ello, respaldado por la firma de uno de nuestros mejores especialistas en la edición de obras clásicas, forma un conjunto compacto cuyos resultados no pueden ser sino definitivos.

Para los latinistas, el profesor Marcos Casquero nos es ya sobradamente conocido desde que en 1982 publicase junto con el profesor Oroz Reta una edición bilingüe de las *Etimologías* de San Isidoro. Desde entonces son ya varios los volúmenes que hemos visto publicarse con su nombre: entre otros, un *Apéndice a las Etimologías de San Isidoro* -en colaboración también con el profesor Oroz Reta-, los *Tristia* (y no *Tristana*, como se nos dice -en un error fácilmente comprensible- en la contraportada del *De lingua Latina*) y los *Fastos* de Ovidio, y ahora este tratado de lingüística del anticuario Varrón. Ello sin contar con otras obras como las *Quaestiones Romanae* de Plutarco, el *Speculum* de San Agustín y la *Historia destructionis Troiae* que nos consta que verán la luz en breve y que se encuentran ya en

prensa. Sólo un gran experto en el mundo clásico greco-latino, un eminente latinista y un investigador incansable podría ofrecernos esa combinación perfecta de filología, lengua y cultura que hace que sus obras sean trabajos imprescindibles y de obligada consulta. Su edición bilingüe del *De lingua Latina* reúne todas esas condiciones.

La obra comienza con un estudio introductorio que se extiende a lo largo de 41 páginas y que nos ofrece una imagen completa acerca de Varrón y de toda su obra en general, haciéndose especial hincapié en aquellos aspectos que atañen más directamente a la obra objeto de la presente edición.

Marcos Casquero trata en principio acerca de la biografía del autor (pp. VI-XII), desde su nacimiento en la sabina Reate en el año 116 a.C., hasta su muerte el año 27 a.C. Entre esas dos fechas se extiende la dilatada y sinuosa vida de un hombre que sabe aprovechar todas las ventajas y posibilidades que su origen y conocimientos le permiten. Nacido de familia rica, Varrón es pronto enviado a Roma con el fin de que reciba una educación esmerada de mano de los mejores maestros, convirtiéndose en discípulo del poeta y gramático Accio y del orador y filólogo Elio Estilón; manteniéndose dentro de las corrientes de la época, entra, además, en contacto con Lutacio Cátulo, el precursor de los *poetae novi*, y, con ocasión de la dictadura silana —que hacía incómoda la vida intelectual en Roma—, viaja a Atenas, donde conoce a Cicerón y traba amistad con el ecléctico y académico Antíoco de Ascalona. A su vuelta a la Urbe, Varrón porta ya consigo la formación intelectual que marcará toda su producción bibliográfica.

Pero, tal como deducimos de este estudio del profesor Marcos Casquero, Varrón dedicó también parte de su vida a la profesión militar y al *cursus honorum*, lo cual lo acercó primero a Pompeyo y, más tarde, a César, a quien, ya en el año 47, había dedicado sus *Antiquitates rerum divinarum*. Gracias a ello y a sus propias dotes personales, el dictador pondría en sus manos el proyecto de organizar y dirigir la primera biblioteca pública que pensaba abrir en Roma, proyecto éste que quedó truncado por la muerte del dictador y la poca inclinación que hacia el anticuario sentía Antonio, quien lo incluyó por segunda vez en la lista de los proscritos y dispuso la confiscación de sus propiedades de *Casinum*. La victoria de Octaviano en Filipos lo devolverá no sólo las posesiones confiscadas, sino también la tranquilidad perdida y que tanto necesitaba para seguir desarrollando su labor intelectual, a la que se dedicaría el resto de sus días.

En el 38 a.C. ve cómo se erige un busto en su honor en la que sí sería la primera biblioteca pública romana, la fundada por Asinio Polión, y, convertido en el primer escritor al que se le concedía en vida una distinción semejante y considerado como el hombre más sabio de Roma, murió sólo un año después y fue enterrado de acuerdo con el rito pitagórico, cumpliendo de esta forma hasta en las últimas consecuencias con las ideas neopitagóricas que había profesado los últimos años de su vida.

Respecto a la enciclopédica obra varroniana (pp. XII-XXI), con un total de unos 620 libros escritos a lo largo de los 89 años de la vida del autor -a pesar de que sólo han llegado completos a nosotros los tres libros del *De re rustica* y cinco y medio del *De lingua Latina*-, el profesor Marcos Casquero propone una muy loable división en cuatro grupos temáticos. El primer grupo estaría formado por aquellas obras de inventario referidas a la antigüedad greco-latina y entre las que se enmarcarían títulos como las *Antiquitates rerum humanarum et divinarum*, el *De vita populi Romani* y el *De gente populi Romani*, por citar sólo algunos. En el segundo grupo se incluirían las obras de temática lingüística y/o literaria, entre las cuales sería a veces difícil establecer una línea divisoria clara debido -según palabras textuales- al «carácter de anticuarismo de las obras varronianas» (p. XV); así pues, dentro de este grupo es a veces posible establecer subdivisiones para agrupar obras de una temática semejante; por ejemplo, mostró Varrón un profundo interés por el teatro y prestó especial interés en Plauto, al que dedicó dos de sus obras, *Quaestionum Plautinarum libri V* y *De comediis Plautinis*, obras en las que estableció, como se sabe, el canon de las 21 comedias plautinas entre las 130 que se le atribuían al comediógrafo; su juicio fue tan importante que hizo que fuesen esas 21 comedias las únicas que hayan sido legadas a la posteridad; a parte del teatro, dedicó también Varrón algunas de sus obras a la poesía y a los poetas, otras a las bibliotecas e hizo una compilación de 700 retratos de personajes célebres agrupados de siete en siete (*Imaginum libri XV*); finalmente, dentro de este grupo incluye también el editor obras como el *De lingua Latina* y otras dedicadas a problemas como la analogía, la anomalía, la ortografía, el estilo, etc. En un tercer grupo se incluirían las obras enciclopédicas de un especial carácter didáctico y práctico como los *Disciplinarum libri IX*, «punto de arranque del canon medieval de las artes liberales, que durante casi quince siglos enmarcarán los estudios europeos» (p. XVII), estructurados de acuerdo con la división establecida por Varrón entre el *trivium* y el *quadrivium* y tras haber sufrido leves modificaciones de la mano de Marciano Capella primero y de Casiodoro después; además de ésta, en este grupo se incluirían tratados

de geografía, medicina, derecho, filosofía, etc., siendo de destacar el hecho de que fue Varrón uno de los primeros romanos en escribir sobre filosofía, haciendo así que el amor por ella pasase también a sus compatriotas; los *Rerum rusticarum libri III* merecen mención especial en este tercer apartado por ser la única obra varroniana que nos ha llegado en su totalidad. En cuarto y último lugar habría que situar -siempre según el profesor Marcos Casquero- aquellas obras de una clara finalidad artística, finalidad que, sin embargo, se vería apenas conseguida en un autor como Varrón, cuyo estilo asianista, a imitación de Hegesias, le valdría ya las críticas de Cicerón, y en una obra cuyos temas, áridos y secos por naturaleza propia, hacían posible y casi obligado que las cuestiones de estilo pasasen a un segundo plano; dentro de este grupo, cabe destacar, no obstante, algunos libros de discursos (*Logistoricos libri XXVI*), en los que posiblemente se discutían temas filosóficos y morales, y otras obras como *Orationes*, *Suasiones* y la *Laudatio Porciae*; escribió además 10 libros de poemas y 4 de sátiras a la manera de Lucilio, algunas parodias trágico-filosóficas y, por supuesto, sus 150 libros de *Sátiras Menipeas*.

En el apartado tercero de esta introducción (pp. XXI-XXX) nos ofrece el autor un detallado estudio del tratado objeto de la presente edición. De acuerdo con el plan original de la obra, ésta estaría formada por un libro introductorio y otros 24, los cuales formarían tres hexas, cuyos temas eran respectivamente la etimología, la morfología y la sintaxis, estando dividida cada una de ellas, a su vez, en dos tríadas, respondiendo la primera de ellas a las exposiciones teóricas y la segunda a la exposición práctica de cada tema en particular. No obstante, la última hexas, es decir, la parte correspondiente a la sintaxis (libros XIV-XXV) se ha perdido en su totalidad y sólo permite una reconstrucción hipotética basada en la estructura de las dos hexas cuyos libros se han conservado en total (libros V-IX), en parte (libro X), o sólo muy fragmentariamente (libros I-IV y IX-XIII). Es decir, lo que ha llegado a nosotros es la exposición práctica de la etimología y las teorías anomalistas y analogistas sobre la flexión.

Respecto a la etimología, el profesor Marcos Casquero destaca la unión que en la cultura grecorromana existía entre ella y la filosofía. Es decir, «el estudio del lenguaje llevaba aparejada la solución no sólo de problemas de índole lingüística, sino también de naturaleza ética y religiosa», lo cual para un estoico, por ejemplo, significaba que la esencia de la palabra se encontraba en la correlación existente entre el significante y el significado, de modo que «basta desentrañar el origen de la palabra para descubrir la esencia última de lo que designa» (pp. XXIII-s.); frente a la

escuela estoica, los alejandrinos, dedicados a la edición y crítica de textos griegos clásicos, se interesan por el significado de aquellas palabras que ellos encontraban en los textos, pero que habían caído ya en desuso y resultaban, a veces, incomprensibles. Llegadas estas corrientes a Roma, encontrarán su máximo representante en la Urbe en la persona del estoico Elio Estilón, maestro -como dijimos más arriba- de nuestro anticuario, y quien, a pesar de su orientación filosófica y de la postura estoica adoptada en sus investigaciones etimológicas, se basará sin embargo en los textos latinos más arcaicos a su disposición, como era el *Carmen Saliare*. Esta orientación ecléctica será precisamente la que transmita a Varrón y la que éste siga en su tratado *Sobre la lengua latina*, en el que, partiendo de una división basada en dos categorías filosóficas de la escuela estoica -espacio y tiempo- se servirá sin embargo de su intuición y de sus dotes intelectuales -tal como destaca el profesor Marcos Casquero-, Varrón dará una orientación nueva en los estudios sobre la etimología de la lengua latina principalmente por dos motivos: en primer lugar, por contar con la posibilidad de que determinadas palabras pudiesen tener un origen griego, etrusco o dialectal, pecando, sin embargo, en este último punto de "sabinismo", y, en segundo lugar, porque con sus dotes, su formación y su interés de anticuario se preocupó, ante todo, por el conocimiento del valor original y sincrónico de las palabras, lo cual hace posible, a su vez, que en multitud de ocasiones este tratado más que una obra de lingüística sea una recopilación de datos de anticuario.

En lo que concierne a la controversia entre las corrientes anomalistas y analogistas, que enfrentaba a estoicos y alejandrinos, tenía su origen «en la defensa del principio regulador de la lengua, que para los estoicos (...) era la anomalía, *consuetudo*, esto es, el predominio del uso, en tanto que para la escuela alejandrina (...) era la analogía, *ratio*, es decir, la observancia de la norma» (p. XXVII). En medio de ambas posiciones, totalmente opuestas e inflexibles en su origen y planteamientos, basándose quizás en autores griegos que habían superado el debate ya con anterioridad a él, Varrón, con su espíritu ecléctico, supo sacar partido de ambas y, mostrando una postura conciliadora, se inclina hacia el analogismo moderado, admitiendo argumentos anomalistas, basando en ello su distinción entre *declinatio naturalis* y *declinatio voluntaria*, o, lo que es lo mismo, la flexión normativa de una palabra existente y la flexión libre que se encuentra en la propia libertad de que el hombre disfruta a la hora de poner el nombre de las cosas. Y quizás también de fuentes griegas extrajo Varrón teorías como la distinción entre *infectum* y el *perfectum*.



En el apartado cuarto (pp. XXX-XXXIV) de esta Introducción que nos ocupa se trata sobre la suerte que corrió la figura de Varrón gracias a la imagen que de su persona se hicieron sus propios contemporáneos y a lo poco que de su obra pudo sobrevivir a los avatares de la historia -lo cual, sin embargo, no pudo oscurecerla-, haciendo particular hincapié en la pervivencia del *De lingua Latina* y de su conservación en códices, manuscritos y ediciones.

En el apartado quinto (pp. XXXIV-XXXV) se nos adelantan los criterios seguidos en esta edición, la cual, aunque no pretende ser una edición crítica, tampoco se atiene sin más a un solo texto, ya que, tomando como base la edición de Kent (Londres 1951), en multitud de ocasiones -señaladas convenientemente en nota a pie de página- se sigue la lectura ofrecida por otro u otros editores como Collart, Lana, Riganti, Dahlmann, Mette y Traglia.

El apartado sexto (pp. XXXV-XXXVII) recoge una bibliografía básica y esmeradamente seleccionada que comprende desde los repertorios bibliográficos sobre el autor latino hasta los más modernos estudios monográficos. Este apartado se cumplimenta con el siguiente (pp. XXXVIII-XLI), en el que se nos adelantan las siglas y abreviaturas utilizadas en la edición, tanto aquellas referentes a autores griegos y latinos como las propias de revistas, diccionarios o enciclopedias.

Respecto a la traducción, que abarca el resto del volumen y que comprende desde el libro V hasta los fragmentos del *De lingua Latina* llegados a nosotros y de difícil localización dentro de la obra, es decir, todo lo conservado del tratado, el profesor Marcos Casquero recoge en toda ocasión el término castellano y el latino, a fin de que el lector pueda comprobar siempre las lucubraciones etimológicas seguidas por el autor latino, y se acompaña de notas deliberadamente escuetas, aunque abundantes (un total de 1.169) que pretenden sólo aclarar posibles puntos dudosos, remitir a estudios más completos sobre temas concretos o sobre autores grecorromanos citados por Varrón o poner en conocimiento del lector los pasajes de otros autores clásicos en los que puede encontrarse una información suplementaria, semejante o simplemente opuesta a la extraída del reatino. Todo ello, por supuesto, adornado con ese pulcro estilo castellano y esa agudeza filológica a los que el profesor Marcos Casquero nos tiene ya acostumbrados con el resto de sus estudios, ediciones y traducciones.

Coronan el volumen un índice onomástico y otros dos de palabras latinas y griegas, respectivamente, los cuales contribuyen a hacer más

práctica y más rápida la consulta de esta obra fundamental, como ya anunciábamos al comienzo, para los especialistas de un gran número de ramas del saber, a quienes -estamos convencidos de ello- no defraudará en ningún momento la magna y excelente obra que aquí les presentamos.

Elaboradas ya estas páginas y entregadas desde tiempo atrás al Equipo de Redacción de *Estudios Humanísticos*, ha llegado a nuestras manos el nº 100 de la revista *Estudios Clásicos*, en la que aparece (pp. 259-263) una reseña de Pedro Manuel Suárez Martínez a la obra que aquí nos ocupa y en la que su autor no parece mostrar sino unas inigualables dotes de cazador de erratas. Lectura esmerada sin duda la suya, pero también crítica inconveniente -creemos- que nos hace dudar de esa *captatio benevolentiae* de la que parece partir el autor (*sine ira et studio*, p. 259). Sí, es cierto que a lo largo de las 527 pp. del volumen aparecen algunas erratas y descuidos, lo cual no es de extrañar sin duda en una obra de tal calibre, y más aún si tenemos en cuenta que el autor no cuenta a menudo con el tiempo suficiente para la corrección de pruebas. Yo también he encontrado algún desliz (o descuido, si lo prefiere), en las cuatro páginas de su reseña. Por ello, no sólo no dudamos que su crítica, sospechosamente movida por intereses ajenos a los puramente científicos y académicos, no merezca respuesta más prolongada y profunda que la presente, sino que, además, estamos seguros de que no empañará en absoluto la calidad y brillantez de la obra de M.A.Marcos Casquero.